

Meiércoles - 16 - II - 1944

Distingamos

A las once de la noche, hora en que todo el mundo duerme en la casa, empieza a sonar el teléfono. La señora, que se ha levantado temprano, despierta sobresaltada, pero no se levanta, en la esperanza de que el llamado cese; pero no hay tal: la campanilla insiste. ¿Quién llamará? Como tiene parientes fuera de Santiago, decide levantarse. Levanta el fono y oye una voz que dice:

--¡Aló! ¿Con la casa de Fulano de Tal?

--Sí, señor.

--¿Está él?

--No, señor; ha comido fuera y no ha regresado aun.

--¡Ah! ¿Con que no está, eh?

--No, señor. ¿Quiere dejar algún recado?

--Sí: dígame que por qué, hablando tan mal de los alemanes, va a vernear a Villa Alemana, Centro de Fulano de Tal, Turia Chilena

La señora, muerta de sueño y desconcertada por tan espiritual salida, no sabe qué contestar; cuelga el fono y vuelve a la cama.

Y he aquí cómo, por tener opiniones contrarias a las doctrinas y prácticas nazis, pasa uno a ser, a juicio de algunas personas, un individuo que odia a los alemanes. ¿Odiar a los alemanes? Vamos, hombre. Sería tan absurdo como odiar a los vecinos de la calle Nataniel, supongamos, nada más que porque en una de las casas de esa calle vive un individuo que ha cometido algunos asaltos.

No, amigos míos: no odiamos a los alemanes, así como no odiamos a los japoneses, a los italianos ni a ningún otro pueblo del mundo. ¿Cómo odiar a los alemanes, o al pueblo o a la nación alemana, si sabemos que han producido un brillante y eterna pléyade de filósofos, de artistas, de escritores, de maravillosos obreros y una cultura que de buenas ganas deseamos para nuestro joven país? E iguales motivos tenemos para no odiar a otros pueblos o a las naciones de otros pueblos. ¿Por qué odiar a Italia y a su gente, al Japón y

a sus hombres?

Pero esto, claro está, no significa que admiremos y amemos por igual a todos los habitantes de un pueblo, no, y ahí está la ~~gran~~ diferencia que nos separa de los nazis, pues en tanto que ellos odian por igual a los buenos y a los malos, bastándoles para ello con que no sean arios o nazis, nosotros hacemos un distingo entre los buenos y los malos. Podemos odiar a un judío por estúpido, ~~X~~ por grosero o por especulador, pero ¿por qué habríamos de odiar a los que no son estúpidos, groseros o especuladores?

La vida sería imposible y degeneraría en una batalla que produciría el exterminio de la humanidad, si todos llegáramos a confundir a los buenos con los malos, a los groseros con los finos, a los brutos con los inteligentes, y eso es, desgraciadamente, lo que hacen los nazis, y eso es, precisamente, lo que nos lleva a combatirlos.

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©